

Evangelio (Mt 7, 21-27)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "No todo el que me diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre, que está en los cielos". Aquel día muchos me dirán: "¡Señor, Señor!, ¿no hemos hablado y arrojado demonios en tu nombre y no hemos hecho, en tu nombre, muchos milagros?" Entonces Yo les diré en su cara: Nunca los he conocido. Aléjense de mí, ustedes, los que han hecho el mal". El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a un hombre prudente, que edificó su casa sobre roca. Vino la lluvia, bajaron las credentes, se desataron los vientos y dieron contra aquella casa; pero no se cayó, porque estaba construida sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica, se parece a un hombre imprudente, que edificó su casa sobre arena. Vino la lluvia, bajaron las credentes, se desataron los vientos, dieron contra aquella casa y la arrasaron completamente".

Noveno domingo del tiempo ordinario, ciclo A

“El que cumpla la voluntad de mi Padre”

RÍDIO G PORTILLO
 RAYMUNDO A PORTILLO
 WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

Este domingo el evangelio presenta uno de los aspectos más representativos de la predicación de Jesús, las parábolas, con las cuales Él enseñaba a sus discípulos, de forma sencilla, las verdades profundas del misterio de Dios en la vida de todos los hombres.

En esta oportunidad, son los últimos versículos del sermón que Jesús realizó en el monte junto al lago de Tiberíades, donde realiza toda una síntesis sobre el significado de la Iglesia, los cristianos, y el Reino de los Cielos, tema que se desarrolla durante todo el evangelio de Mateo.

El punto focal es la gran interrogante de quiénes y cómo entrarán en el Reino de los Cielos, a la que Jesús responde con dos simples ejemplos, uno reflejo del otro, el construir o cimentar una casa, sobre la arena o sobre la roca.

La casa, evidentemente es la vida de todo hombre, sus alegrías, sus tristezas y sus esperanzas, es decir, todo lo que implica ese misterio antropológico de ser hombres, de estar cimentados, en la roca firme o en las arenas movedizas del propio esfuerzo humano y debilitado.

O de construir la vida "casa" sobre la roca firme que es Cristo, sobre su victoria sobre el pecado y sobre la muerte, sobre su entrega voluntaria por amor de todos los hombres, y experimentar así que Dios ama al hombre, a quien creó por amor y para amar.



Amando el hombre cumple la voluntad de Dios, entregando su vida por los otros, construyendo poco a poco, de casitas en casitas, la verdadera civilización del amor; éstos son los que realmente entrarán el Reino de Dios, y serán reconocidos como verdaderos hijos de Dios, porque han amado y han sido testigos del amor misericordioso de Jesús.